

Saltillo. Recobrada la salud, pidió auxilio á Patoni y á González Ortega para reducir á Vidaurri. Éste había cometido un error llamando á los pueblos del Estado para que decidieran entre la adhesión al Imperio ó la defensa de la República. El sur de Nuevo León, es decir, Linares, Galeana, Río Blanco, Rayones—todo el macizo montañoso de donde habían salido las legiones reformistas y dos jefes muy prestigiados, Escobedo y Aramberri, que acababa de morir en la hacienda del Canelo,—todo el sur, decimos, envió un voto unánime contra Vidaurri. El norte de Coahuila, patria del general Blanco y reformista igualmente, asumió idéntica actitud. El Saltillo, siempre antividaurrista, presentó buenos elementos á Juárez. El Presidente, para fortalecer esa decisión, decretó la independencia de Coahuila, poniendo su territorio en estado de sitio. Aun los tamaulipecos, mal avenidos con Vidaurri, prestaron auxilio á Juárez. Pronto se reunieron en disposición de marchar hacia Monterrey, además de las fuerzas del interior, Capistrán y Serna en Tamaulipas, y en Coahuila milicias locales organizadas por Gómez Cárdenas, Cepeda y Viezca. Vidaurri tuvo que huir y pasó el río Bravo. Juárez avanzó á Monterrey, en donde situó la capital, que pudo haber establecido allí un año antes, aprovechando los recursos aduanales de Coahuila y Tamaulipas, perdidos con la demora.

¶ Juárez entraba en Monterrey el 3 de abril. Maximiliano aceptaba la corona de Méjico el 10 y desde luego celebraba el tratado de Miramar como soberano del nuevo Imperio. Ya podían los sastres y las modistas de la capital trajear de gala á sus clientes, enloquecidos con la expectativa de los rigodones imperiales. Se recreaban de antemano con las delicias de una verdadera corte, con reyes que no hubieran nacido en la casa número tantos de la calle tal de una ciudad michoacana. Poco se les daba, ante la fiesta en preparación, que el venerable clero estuviese trinando bajo la bota de Neigre. Todo, hasta la impía Reforma, hasta la excomunión, siempre que pudiesen ver las pedrerías de una corona. Tal corte para tal soberano. La una, pensaba en bailar; el otro, en organizar el baile. Desde ese día hasta pasado el 10 de mayo de 1867, bajo la lluvia de balas republicanas que caía sobre los muros de la Cruz, Maximiliano siempre tuvo como preocupación dominante detalles de ceremonial. Inteligente y sensible, culto, psicasténico, nacido para la dorada inutilidad en puestos de aparato, se arrojó á los peligros de la ambición, sin ser ambicioso, sino por accidental diletantismo y por sugestión. Inconsciente de sus responsabilidades, é imprevisor como un pájaro, hizo, piedra á piedra, la fábrica de su infortunio. Así era Hamlet, así fueron, así son casi todos ellos, trágicos, interesantes y funestos.

¶ Mientras, Maximiliano aceptaba la corona, y después de firmar el tratado de Miramar, comulgaba en el Vaticano y se desayunaba con el Papa. Méjico seguía incendiado por la guerra; pero ya se creía próxima la pacificación. ¿Sería

posible, cuando acababa de ser fusilado Ghilardi por sentencia de una corte marcial y sufría igual suerte el gobernador de Aguascalientes, D. José María Chávez, y cuando, en nombre de la civilización, Dupin incendiaba Ozuluama? Con todo, Maximiliano llegó á Méjico en los momentos de alegría por la derrota de Doblado en Matehuala. Tamaulipas, es decir, la línea de costas, se abría á la dominación francesa hasta Matamoros.

¶ ¿Era útil, humano, patriótico, posible, seguir defendiendo á la República, cuyo representante supremo no tardaría en ser amagado por Quiroga, que avanzaba de Cadereyta, y por Castagny, que salía del Saltillo? Ya Juárez se veía obligado á dejar su tercera capital, á enviar su familia al extranjero, á despedirse de sus partidarios, expatriados también, y á peregrinar otra vez, apoyado en la legalidad, su fiel Antígona, piadosa y desolada. «Usted no puede llevar hacia la muerte á esos soldados—le decían los liberales de Guadalajara, en una carta, al general Uraga,—ni prolongar los sufrimientos de las poblaciones, teniendo, como debe tener, la evidencia de la absoluta inutilidad de tales sacrificios. Si la cuestión, en el terreno de las armas, se presenta de una manera tan desventajosa, en el de la política la estimamos resuelta enteramente. Después de la derrota del Sr. Doblado, es seguro que el Gobierno que rigió conforme á la Constitución de 1857 se habrá disuelto, quedando así disuelto todo centro de reunión. Al tiempo que esto sucede, el príncipe Maximiliano acepta la corona, toma posesión del trono y en esta hora quizás se encuentra en el suelo mejicano. La intervención francesa ha salido garante de que se conservarán las conquistas de la Revolución. El nuevo emperador ha jurado sostener la independencia y ha ofrecido dotar la nación de instituciones sabiamente liberales. ¡Ojalá se realicen estas promesas! Contando con ellas, los republicanos que tenemos el sentimiento de perder el sistema bajo el que vivimos tantos años, al menos nos consolaremos con que se hayan salvado los bienes preciosos de la soberanía nacional y la Reforma.» Uraga leyó la carta, la guardó, quedó convencido y no tardó en dar gusto á los señores Caserta, López Portillo, Ortigosa, Álvarez del Castillo y Jiménez de Castro. ¿No eran los unos, como López Portillo, liberales moderados del grupo superior de gobernadores del tiempo de Arista, cultos, reflexivos, de iniciativas vigorosas? Los otros eran antiguos colaboradores de Ayutla, como el canónigo Caserta y el Dr. Jiménez de Castro.

¶

¶ Maximiliano llegó y no encontró al Dr. Miranda, que había muerto. Labastida, tenazmente iluso, aguardaba todavía, lleno de esperanzas, una restauración clerical. En la hermosa oración fúnebre que, á la muerte del prelado, pronunció el elocuente Montes de Oca, con la franca intemperancia de su palabra, preñada siempre de temeridad, habla de las ilusiones del arzobispo Labastida y las explica como el resultado de su incapacidad para observar. No conocía el Austria, josefina hasta la medula, ni á Maximiliano, ni á Napoleón, ni á persona influyente de su siglo. Por eso merecía que se le aplicasen las palabras de



Jeremías cuando maldice al hombre que confía en otro hombre. Cuando se inaugura el imperio, cree aún que Maximiliano «pondrá coto á los desmanes del caudillo francés y á las pretensiones de Napoleón. Sí: aun hay esperanzas. Es imposible que el Emperador deje de escuchar los consejos de uno A QUIEN DEBE LA CORONA.» Suponiendo que no fuera una frase de monseñor esa extraña deuda de la corona á Labastida, que tanto podía darla como D. Quijote una insula, Maximiliano se debía más á sí mismo, sin tener en cuenta sus obligaciones con quien le proporcionaba soldados y dinero, para que pudiese llanamente «reanudar los rotos vínculos entre la Iglesia y el Estado».

¶ Al mes de su arribo á la capital, ya tenía Maximiliano un liberal en su Gabinete, D. José Fernando Ramírez, anticuario estudioso, moderado fluctuante que había sido miembro del Gabinete reformista de Gómez Farfás durante la guerra con los Estados Unidos y que se había empeñado en la nacionalización de bienes del clero para sostener la campaña, dictando una ley imprudente que fué causa de disturbios. Este hombre, sabio, vanidoso y sin carácter, comenzó la aproximación de los liberales á Maximiliano, que deseaba propiciárselos, dándose aires de tratar con desprecio á MOCHOS Y CANGREJOS. Sus leyes y sus actos acentuaban la disposición liberal con que venía. Durante un viaje al interior, que fué el principio de la serie de expediciones de turista en que se gastó casi toda su actividad de gobernante, recibió la adhesión de Uruga, Quiroga y Vidaurri. Y así continuó la cadena. Ya eran los hijos de Gómez Farfás, que habían maquinado la defección de Uruga, recordando tal vez que su padre habló como diputado por la coronación de Iturbide. Ya era García de la Cadena, ya Castro, el antiguo gobernador de Zacatecas, ya otros menos visibles. El Imperio se consolidaba.

¶

¶ El Gobierno republicano salió de Monterrey á mediados de agosto, entre el tiroteo de las avanzadas de Quiroga y perseguido hasta Santa Catarina, dejó los dominios de Vidaurri. En la Hacienda de Santa María, de la jurisdicción de Ramos Arizpe, cuna del ilustre diputado á las Cortes de Cádiz, titubeó entre el camino de Monclova, que recordaba el desastre de Hidalgo, y el camino de Parras, para salir de allí al Bolsón de Mapimí. Tomó el primero, para abandonarlo en la hacienda de Anhele, de donde torció á Parras, con el fin de que sus fuerzas, mandadas por González Ortega y Alcalde, se incorporasen á las de Patoni para iniciar operaciones activas en la zona de Durango. En efecto, el general L'Heriller apenas podía cubrirla con las fuerzas de que disponía. Castagny, situado en Monterrey, no podía darle la mano mientras no se consumase felizmente la campaña de Mejía con la toma de Matamoros. Bazaine pensó en proteger á L'Heriller y le envió refuerzos; pero un movimiento hábil de González Ortega podía desconcertar, por lo menos temporalmente, á los franceses y permitir una reorganización del Gobierno. Juárez aguardaba el resultado de las operaciones en las orillas del Nazas. Había cruzado aquellas tristes llanuras, rebelándose á la necesidad

de internarse en el desierto. Alentado con las últimas palpitations de una esperanza que parecía insensata, celebró las fiestas del 15 y del 16 en dos haciendas, la Noria Pedriceña y el Sobaco. D. José María Iglesias describía, conmovido, una de esas dos ceremonias: «La solemnidad del acto fué grandiosa por su misma sencillez. Las montañas que limitaban el horizonte se elevaban majestuosas, como testigos mudos de aquel imponente espectáculo. La luna, saliendo de entre unas nubes que la habían ocultado poco antes, rielaba sobre el Nazas, que corría á poca distancia.» Las fiestas de la patria tenían dos oficiantes: Juárez en las haciendas del Nazas, y Maximiliano, que creyó tomar posesión del corazón de su pueblo, arengándole desde la casa del CURA DE DOLORES y empeñándose en dar á aquel aniversario una consagración definitiva á expensas del 27 de septiembre, que era la fecha de los conservadores.

¶

¶ Las fuerzas de Juárez agotaban el último aliento en marchas y contramarchas penosísimas. El 21, fueron desastrosamente aniquiladas en la acción de Majoma, á la que siguió la dispersión. La República había terminado. Cinco días después, Mejía se apoderaba de Matamoros, en donde se habían producido vergonzosas disensiones, fomentadas por federalistas y confederados que se disputaban á Brownsville, y atisbadas de cerca por el comandante naval francés que se había situado en Bagdad. Mejía entró en Matamoros, sin disparar un solo tiro, y recibió la obediencia de Cortina.

¶ Mientras Juárez tomaba el camino de Chihuahua, á donde llegó en octubre, abandonando la esperanza de sostenerse en un puerto sinaloense, Maximiliano, asesorado por abogados de Guanajuato, se preparaba para aprovechar el 30 de noviembre, en que el poder de Juárez debía terminar, según la interpretación dada á la Constitución por esos abogados, declarando solemnemente que aun LA MALA Y ÚLTIMA RAZÓN POLÍTICA HABÍA TERMINADO, y que, en lo sucesivo, los guerrilleros serían considerados como salteadores de caminos. En el caso de hombres como Rojas, por ejemplo, que acababa de abrir una guerra contra la humanidad, sistemáticamente aniquiladora, la declaración era exacta; pero Dupin, que colgaba liberales en los faroles de Tampico, y Berthelin, la fiera vencedora de Rojas, al cobijarse con UNA BANDERA QUE HAN CONSAGRADO TODAS LAS CONQUISTAS DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA, no hacían, como Maximiliano decía de sus enemigos, «sino tomar pretextos para el robo y la matanza». Los pueblos tenían igualmente á unos y á otros, y desatendiéndose de toda pasión política, buscaban un Gobierno pacificador. Todo era sonrisa para Maximiliano. Una genuflexión general acogía su política, que se presentaba á sí misma firme y extirpadora de abusos. El venerable clero, ardiendo en la cólera bíblica de 1859, veía que de los suyos sólo quedaba un débil contemporizador en el Gabinete imperial: Velázquez de León. D. Fernando Ramírez recibía el refuerzo de constituyentes de 1856, alguno de los cuales había recibido excomuniones por sus proyectos en



materias de organización eclesiástica. Entraron, en efecto, á servir como ministros D. José María Cortés Esparza y D. Pedro Escudero y Echanove, y, como consejero, D. Manuel Siliceo. D. Luis Robles Pezuela desempeñaba el ministerio de Fomento. A la vez, salían : Miramón para Berlín, á estudiar el arte de la guerra, y Márquez para Constantinopla y Jerusalem.

¶ El nuncio apostólico, que venía con la certidumbre del cumplimiento íntegro de los planes de reacción, encontró como interlocutor á un hombre que había sido consejero de Juárez, el cual mantuvo inflexiblemente un proyecto de organización que comprendía nueve puntos : 1.º Tolerancia; 2.º Incorporación del clero en el Estado como órgano de una función civil remunerada por el tesoro público; 3.º Administración gratuita de los sacramentos y ejercicio del ministerio sacerdotal sin costas para el pueblo; 4.º Nacionalización plena; 5.º Patronato; 6.º Reglamentación de comunidades religiosas, de común acuerdo entre el Emperador y el Papa, á fin de evitar el exceso de vida monástica; 7.º Registro Civil; 8.º Secularización de cementerios; 9.º Abolición de fueros. El nuncio no entendía : los prelados mejicanos, menos aún. Intentaron disuadir al Emperador del propósito de legislar en materias eclesiásticas, sin acuerdo con el Papa. Maximiliano les contestó en una nota amarga y resuelta. ¿Qué sabían los prelados de las necesidades espirituales de la nación? Ellos pasaban la vida conspirando ó inactivos. Él acababa de ver lo que eran aquellos pueblos, abandonados de sus pastores, y sabía hasta qué punto urgía atenderles. Por otra parte, que no se dijeran mansos de corazón. ¿Mansos, ellos? ¡Ah! «Pluguiera á Dios que así fuese. Pero, desgraciadamente, tenemos testimonios irrecusables, y en gran número, por cierto, que son una prueba bien triste, pero evidente, de que los dignatarios de la Iglesia se han lanzado á las revoluciones, y de que una parte considerable del clero ha desplegado una resistencia obstinada y activa contra los poderes legítimos del Estado. Convenid, mis estimados obispos, en que la Iglesia Mejicana, por una lamentable fatalidad, se ha mezclado demasiado en la política y en los asuntos de los bienes temporales, olvidándose en esto y despreciando las verdaderas máximas del Evangelio.» Esto hubiera podido ser escrito y firmado por Ocampo, Degollado, Lerdo, Iglesias, Fuente, Ruiz, Ramírez. Pero cuando ellos lo dijeron, se les llamó demagogos, plebe roja. Y cuando Zarco gritaba que era católico, no se le creía. Pues allí estaba el príncipe traído por la reacción clerical, con el mismo programa, defendiendo LOS PODERES LEGÍTIMOS DEL ESTADO que Juárez había sostenido contra las mismas rebeliones. Y Maximiliano repetía las palabras de Zarco : «Dudad, si queréis, de mi catolicismo; pero, buen católico, soy también liberal y justo.» Sí, era católico y quería que el pueblo mejicano lo fuese en el sentido evangélico que inspiró á Degollado, el hombre no comprendido por sus compatriotas, como dijo el austriaco. Y concluía : «El pueblo mejicano es piadoso y bueno, pero no es católico, y ciertamente no por su culpa. Ha necesitado que se le instruya, que se le administren los sacramentos gratuitamente como manda el Evangelio, y Méjico, yo os lo prometo, será católico.»

¶ Hubo algún conato de resistencia de parte de Taboada y Vicario; pero ante la

fuerza de las armas extranjeras, todo callaba, y aun la palabra de los prelados tuvo que EXPIRAR EN LOS LABIOS, como ellos mismos decían, IMPOTENTE PARA EXPRESAR SU DESENGAÑO. Habían procurado la intervención y proclamado el imperio, no con otra causa ni para otro fin que librarse de las leyes de D. Benito Juárez. Tenían razón para hacer reflexiones «que abrumaban su inteligencia y comprimían el corazón». Juárez podía desaparecer y disolverse su gobierno. El de Maximiliano, ya se consolidara, ya fuera de transición, respetaba la esencia de la conquista revolucionaria, que era definitiva.